

V. E. Schwab
Conjuro de luz
Sombras de magia 3

Traducción de Julieta Gorlero

minotauro



UNO

UN MUNDO
EN RUINAS

I



Delilah Bard —una ladrona desde siempre, una maga recientemente y algún día, con suerte, una pirata— corría tan rápido como podía.

«Resiste, Kell», pensó mientras aceleraba por las calles del Londres Rojo, aún aferrada al fragmento de piedra que una vez había sido parte de la boca de Astrid Dane. Un token robado en otra vida, cuando la magia y la idea de mundos múltiples eran novedades para ella. Cuando acababa de descubrir que la gente podía ser poseída o amarrada como una sogá o convertida en piedra.

Fuegos artificiales resonaron a lo lejos, seguidos de hurras, cantos y música, todos los sonidos de una ciudad que celebraba el final del *Essen Tisch*, el torneo de magia. Una ciudad ajena al horror que ocurría en su propio corazón. Y allá en el palacio, el príncipe de Arnes —Rhy— estaba muriéndose, lo que significaba que en algún lugar, a un mundo de distancia, también moría Kell.

«Kell». El nombre resonó a través de ella con la fuerza de una orden, de una súplica.

Lila llegó a la calle que estaba buscando y trastabilló al detenerse, con el cuchillo ya desenvainado y el filo presionado contra la palma de su mano. El corazón le golpeó el pecho cuando se volvió para quedar de espaldas al caos y apoyar la mano ensangrentada —y la piedra que sujetaba— contra la pared más cercana.

Había hecho este viaje dos veces antes, pero siempre como pasajera.

Siempre usando la magia de Kell.

Nunca la suya.

Y nunca sola.

Pero no había tiempo para pensar, no había tiempo para tener miedo y ciertamente no había tiempo que perder.

Con el pecho agitado y el pulso acelerado, Lila tragó saliva y pronunció las palabras con tanta valentía como pudo. Las palabras destinadas solo para los labios de los magos de sangre. Para un *antari*. Como Holland. Como Kell.

—*As Travars*.

La magia vibró en su brazo y a través de su pecho, y luego la ciudad se tambaleó alrededor de ella, al retorcerse la gravedad mientras el mundo cedía.

Lila pensó que sería fácil o, al menos, simple.

Algo a lo que sobrevivías o no.

Estaba equivocada.

II



A un mundo de distancia, Holland se estaba ahogando.

Luchó para llegar a la superficie de su propia mente, solo para que una voluntad tan fuerte como el hierro lo obligara a regresar a las profundidades de la oscuridad. Batalló, arañó y se esforzó por respirar, perdiendo fuerzas con cada sacudida violenta, con cada esfuerzo desesperado. Era peor que estar agonizando, porque aquello daba paso a la muerte y esto no.

No había luz. Ni aire. Ni fuerza. Todo había sido arrebatado, cercenado; solo quedaba oscuridad y, en algún lugar más allá de la presión, una voz que gritaba su nombre.

La voz de Kell...

Demasiado lejos.

Holland perdió su sujeción, se escurrió, y volvió a hundirse de nuevo.

Lo único que siempre había querido era traer la magia de vuelta, ver su mundo a salvo de su lenta e inexorable muerte; una muerte causada, primero, por el miedo de otro Londres y, luego, por su propio temor.

Lo único que Holland quería era ver su mundo recuperado.

Resucitado.

Conocía las leyendas —los sueños— de un mago tan fuerte como para lograrlo. Lo bastante fuerte como para llevar aire a sus pulmones ahogados, para acelerar su corazón agonizante.

Desde que Holland tenía memoria, eso era lo único que había deseado.

Y, desde entonces, había anhelado ser ese mago.

Incluso antes de que la oscuridad floreciera en su ojo, señalándolo con la marca de poder, había querido ser él. De niño, se había colocado a orillas del Siljt y había lanzado piedras para que patinasen sobre la superficie congelada, imaginándose que rompía el hielo. Ya siendo todo un hombre, había permanecido en el Bosque Plateado, mientras rezaba para albergar la fuerza que le permitiera proteger su hogar. Nunca había querido ser rey, aunque en las historias el mago siempre lo era. No quería gobernar el mundo. Solo quería salvarlo.

Athos Dane había llamado a eso arrogancia, aquella primera noche cuando Holland fue arrastrado, ensangrentado y semiconsiente, a los aposentos del nuevo rey. Arrogancia y orgullo, lo había regañado, mientras tallaba su maleficio en la piel de Holland.

«Cualidades que romper».

Y eso había hecho Athos. Le había roto a Holland un hueso, un día, una orden cada vez. Hasta que lo único que Holland deseó, más que la habilidad para salvar el mundo, más que la fuerza para traer la magia de vuelta, más que nada, era que terminara.

Era cobardía —él lo sabía—, pero la cobardía a floraba con más facilidad que la esperanza.

Y en aquel momento al lado del puente, en el que Holland bajó la guardia y dejó que el principito malcriado de Kell enterrara la barra de metal en su pecho, lo primero que sintió —lo primero, lo último y lo único que sintió— fue alivio.

De que finalmente acabase.

Solo que no lo hizo.

Matar a un *antari* es difícil.

Cuando Holland se despertó, agonizando, en un jardín muerto, en una ciudad muerta, en un mundo muerto, lo primero que experimentó entonces fue dolor. Lo segundo, libertad. El yugo de Athos Dane había desaparecido, y Holland estaba vivo, roto pero vivo.

Y varado.

Atrapado en un cuerpo herido, en un mundo sin puertas, a merced de otro rey. Pero esta vez, tenía elección.

Una oportunidad de enderezar las cosas.

Había permanecido, casi muerto, ante el trono de ónix, había hablado con el rey tallado en piedra y había intercambiado su libertad por la oportunidad de salvar su Londres, de verlo florecer otra vez. Holland había hecho el trato, mientras pagaba con su propio cuerpo y su alma. Y con el poder del rey sombra, había traído por fin la magia de vuelta, había contemplado cómo su mundo florecía en colores, cómo la esperanza de su gente revivía y su ciudad se recuperaba.

Había hecho todo lo posible, lo había dado todo para mantenerla a salvo.

Aun así no había sido suficiente.

No para el rey sombra, quien siempre quería más, quien se hacía cada día más fuerte y ansiaba el caos, magia en su forma más pura, poder sin control.

Holland perdía el dominio del monstruo en su interior.

Así que había hecho lo único que podía hacer.

Le había ofrecido a Osaron otro recipiente.

«Muy bien... —había dicho el rey, el demonio, el dios—, pero si no puedes persuadirlo, mantendré tu cuerpo como propio».

Y Holland había aceptado, ¿cómo no hacerlo?

Haría lo que fuese por Londres.

Y aun así Kell, el malcriado, infantil y terco de Kell, roto y sin poder y atrapado por ese maldito collar, se había negado.

Por supuesto que se había negado.

Por supuesto...

Entonces, el rey sombra había sonreído, con la boca del mismísimo Holland, y él había luchado, con todo lo que pudo invocar, pero un trato era un trato, y este estaba cerrado, por lo que sintió a Osaron elevándose —un solo movimiento violento— al tiempo que lo empujaba hacia abajo, a las profundidades oscuras de su propia mente, hundido por la corriente de la voluntad del rey sombra.

Inerme, atrapado dentro de su propio cuerpo, confinado por un trato, incapaz de hacer nada, excepto mirar, sentir y ahogarse.

—¡Holland!

A Kell se le quebró la voz mientras utilizaba su deteriorado cuerpo para forcejear contra el armazón, igual que Holland había hecho en el pasado, cuando Athos Dane lo había atado. Lo había destrozado. La jaula drenaba casi todo el poder de Kell; y el collar que llevaba alrededor del cuello bloqueaba el resto. El terror inundó los ojos del *antari*, con una desesperación que lo sorprendió.

—¡Holland, desgraciado, pelea!

Lo intentó, pero su cuerpo ya no era suyo, y su mente, agotada, se hundía cada vez más...

«Ríndete», dijo el rey sombra.

—¡Déjame ver que no eres débil! —La voz de Kell se coló a la fuerza—. ¡Demuestra que no sigues siendo esclavo de la voluntad de otro!

«No puedes luchar conmigo».

—¿De verdad has regresado hasta aquí para perder de este modo?

«Ya he ganado».

—¡Holland!

Holland odiaba a Kell y en ese momento, el odio fue casi suficiente para impulsarlo hacia arriba, pero incluso aunque quisiera alzarse contra el señuelo del otro *antari*, Osaron era inflexible.

Holland escuchó su propia voz en ese momento, aunque por supuesto, no era suya. Una imitación retorcida por el monstruo que vestía su piel. En la mano de Holland había una moneda roja, un token de otro Londres, el Londres de Kell, y este maldijo y forcejeó contra sus ataduras hasta que se le agitó el pecho y las muñecas le sangraron.

Inútil.

Todo era inútil.

Una vez más, estaba prisionero en su propio cuerpo. La voz de Kell resonó a través de la oscuridad.

«Solo has intercambiado un amo por otro».

Se movieron, Osaron guiando el cuerpo de Holland. La puerta se cerró tras ellos, pero los gritos de Kell aún se abalanzaban contra la madera y se quebraban en sílabas rotas y alaridos estrangulados.

Ojka se encontraba en el pasillo afilando sus cuchillos. Levantó la mirada, dejando al descubierto la cicatriz con forma de media luna en su mejilla y sus ojos de dos colores, uno amarillo y el otro negro. Una *antari* forjada por sus manos, por su misericordia.

—Su Majestad —dijo ella, enderezándose.

Holland intentó alzarse, intentó que su voz brotara de sus labios —los suyos—, pero cuando habló, las palabras fueron de Osaron.

—Vigila la puerta. No dejes pasar a nadie.

El destello de una sonrisa cruzó la línea carmesí de la boca de Ojka.

—Como desee.

Vio pasar el palacio como un borrón y luego se encontraron fuera, dejando atrás las estatuas de los mellizos Dane en la base de la escalera, mientras avanzaban con rapidez debajo del cielo morado por un jardín que ahora estaba flanqueado por árboles, en lugar de cuerpos.

¿En qué se convertiría sin Osaron, sin él? ¿Continuaría floreciendo la ciudad? ¿O colapsaría, como un cuerpo privado de vida?

«Por favor, —rogó en silencio—. Este mundo me necesita».

—«No tiene sentido —dijo Osaron en voz alta, y Holland se sintió descompuesto por ser el pensamiento en su cabeza en vez de la palabra—, ya está muerto —continuó el rey—. Comenzaremos de nuevo. Encontraremos un mundo digno de nuestra fuerza».

Llegaron al muro del jardín y Osaron sacó una daga de la vaina que llevaban a la cintura. La dentellada del metal sobre la piel fue imperceptible, como si a Holland le hubiesen amputado los sentidos y estuviese enterrado a tanta profundidad que no fuera capaz de percibir nada más que el agarre de Osaron. Pero cuando el rey sombra tocó la sangre con los dedos y levantó la moneda de Kell hacia la pared, Holland luchó una última vez.

No iba a poder recuperar su cuerpo —aún no—, pero quizá no lo necesitara todo.

Una mano. Cinco dedos.

Arrojó cada ápice de fuerza, cada pizca de voluntad, hacia esa extremidad y a mitad de camino del muro, esta se detuvo y quedó flotando en el aire.

Le chorreaba sangre por la muñeca. Holland sabía las palabras para destruir un cuerpo, para convertirlo en hielo, ceniza o piedra.

Todo lo que tenía que hacer era guiar la mano a su propio pecho.

Todo lo que tenía que hacer era darle forma a la magia...

Holland sintió la irritación que se propagaba en Osaron. Fastidio, no rabia, como si este último levantamiento, esta gran protesta, no fuera nada más que una picazón.

«Qué tedio».

Holland continuó luchando, incluso logró mover la mano un centímetro, dos.

«—Suelta, Holland» —advirtió la criatura en su mente.

Con lo que le quedaba de voluntad, Holland forzó la mano un centímetro más.

Osaron suspiró.

«No tenía que ser de esta manera».

La voluntad de Osaron lo golpeó como una pared. Su cuerpo no se movió, pero su mente salió disparada hacia atrás y quedó clavada bajo un dolor demoledor. No como el dolor que había experimentado miles de veces, del tipo que había aprendido a superar para existir más allá de él, por fuera, del tipo del que podía escapar. Este dolor estaba arraigado a su mismísimo núcleo. Lo quemaba, repentino e intenso, y cada nervio le ardía con un calor abrasador de tanta intensidad que gritó y gritó y gritó dentro de su cabeza, hasta que la oscuridad finalmente —misericordiosamente— se cerró sobre él y lo obligó a descender y caer.

Y esta vez, Holland no intentó asomarse.

Esta vez, se dejó hundir.

III



Kell siguió lanzándose contra la jaula de metal durante mucho tiempo, después de que la puerta se hubiera cerrado con fuerza y el cerrojo se hubiera deslizado a su lugar. Su voz todavía hacía eco contra las paredes de piedra blanca. Había gritado hasta quedarse ronco. Aun así, nadie se había acercado. El miedo latía en él, pero lo que más asustaba a Kell era el aflojamiento, el dislocamiento de una conexión vital, la sensación de pérdida en expansión.

Apenas sentía el pulso de su hermano.

Apenas sentía nada que no fuera el dolor de sus muñecas y un frío horrible y entumecedor. Se retorció contra el marco metálico, luchó contra los amarres, pero estos se mantuvieron firmes. Las palabras del encantamiento estaban garabateadas en los costados del aparato y pese a que había una gran cantidad de sangre de Kell que embadurnaba el acero, el collar que le rodeaba el cuello bloqueaba todo lo que necesitaba. Todo lo que tenía. Todo lo que era. El collar arrojaba una sombra sobre su mente, una película de hielo sobre sus pensamientos, una pena y un temor gélidos y una ausencia de toda esperanza que lo atravesaba. Ausencia de fuerza. «Ríndete», susurraba por su sangre. «No tienes nada. No eres nada. Has perdido el poder».

Nunca había estado sin poder.

No sabía cómo estar sin poder.

El pánico se alzó en lugar de la magia.

Tenía que escapar.

De esta jaula.

De este collar.

De este mundo.

Rhy había grabado una palabra en su propia piel para traer a Kell a casa y él se había dado la vuelta y se había marchado otra vez. Había abandonado al príncipe, la corona, la ciudad. Había seguido a una mujer de blanco a través de una puerta creada en el mundo porque ella le dijo que lo necesitaban, le dijo que podía ayudar, le dijo que era culpa suya, que tenía que arreglarlo.

Kell sintió que el corazón le flaqueaba en el pecho.

No, no era su corazón. Era el de Rhy. Una vida amarrada a la suya con la magia que ya no tenía. El pánico se reavivó, un aire cálido contra el frío adormecedor, y Kell se aferró a él para luchar contra el terror hueco del collar. Se enderezó dentro del marco, apretó los dientes y tiró de las esposas hasta que sintió el crujido de un hueso en su muñeca, el desgarrar de la carne. Cayeron gotas espesas de sangre al suelo, de un rojo vibrante pero inútil. Reprimió un grito mientras el metal se arrastraba contra —y dentro de— la piel. El dolor trepó como un filo por el brazo, pero él siguió tirando y el metal rasgó músculo y, luego, hueso hasta que finalmente su mano derecha estuvo libre.

Kell se dejó caer hacia atrás con un grito sordo e intentó envolver el collar con los dedos ensangrentados y débiles, pero en cuanto tocó el metal, un frío horrible y punzante ascendió como un disparo por su brazo y le inundó la cabeza.

—*As Steno* —rogó. «Romper».

No sucedió nada.

No hubo poder que se alzara para unirse con la palabra.

Kell dejó escapar un sollozo y se desplomó contra el marco. La habitación se movió y se estrechó, y él sintió que su mente se escabullía hacia la oscuridad, pero se obligó a mantener el cuerpo erguido, se obligó a tragar la bilis que le trepaba por la garganta. Cerró la mano despellejada y astillada alrededor del brazo que aún tenía atrapado y comenzó a tirar.

Pasaron minutos —pero parecieron horas, años— hasta que Kell finalmente logró soltarse.

Salió del marco a trompicones y tambaleándose. Las esposas de metal le habían dejado cortes profundos —demasiado profundos— en las muñecas y la piedra blanca bajo sus pies estaba roja y resbaladiza.

«¿Es tuyo esto?», susurró una voz.

Un recuerdo del rostro joven de Rhy retorcido de horror ante la imagen de los antebrazos destrozados de Kell, del pecho del príncipe manchado de sangre.

«¿Es tuyo todo esto?».

Del collar cayeron unas gotas rojas mientras Kell tiraba del metal. El frío le dejó los dedos doloridos al tiempo que él encontraba el cerrojo y lo sacudía, pero este permaneció cerrado.

Tenía que levantarse.

Tenía que regresar al Londres Rojo.

Tenía que detener a Holland, detener a Osaron.

Tenía que salvar a Rhy.

Tenía que, tenía que, tenía que... pero, en ese momento, todo lo que Kell pudo hacer fue yacer sobre el mármol frío, donde el calor se expandía junto con el charco rojo a su alrededor.